

Entre la Patria y la Matria

Aguascalientes durante la Guerra México-Estados Unidos, 1846-1853

Mtro. Jesús Gómez Serrano/Programa de
Investigación Histórica

2

Texto corregido de la ponencia presentada en el Primer Congreso de la Historia de las Intervenciones que organizó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y se llevó a cabo en la ciudad de México en noviembre de 1994.

Son muchas las razones que explican la pasmosa facilidad con la que México fue derrotado en la guerra de 1847. Al lado de argumentos estrictamente militares, se han invocado los designios expansionistas alimentados en los Estados Unidos, la intranquilidad política reinante en todo el país, los desatinos del general Santa Anna y hasta la fatalidad, empeñada al parecer en que nuestros vecinos del norte se convirtieran en una gran potencia continental.

Mi ponencia no se refiere directamente a esa guerra, sino a un conflicto entre Zacatecas y Aguascalientes que la usó como telón de fondo. Su estudio es interesante porque demuestra que en algunas regiones el conflicto se convirtió en una oportunidad inesperada de saldar cuentas. Mientras el país perdía en forma vergonzosa la contienda, y con ella la mitad de su territorio, en Aguascalientes se cavaban trincheras destinadas a detener a los zacatecanos, que acariciaban su propio sueño expansionista.

Esa pequeña escaramuza, decepcionante desde el punto de vista militar, puede verse como una modesta contribución a la ruina nacional. Como si se tratara de facilitarles el trabajo a los norteamericanos, la torpeza y la negligencia avivaban el fuego de las disputas domésticas, haciendo de la guerra la estrafalaria decoración de una puesta en escena que, pese al respetable empeño de los actores, nunca dejó de tener un carácter escolar.

I

A principios de 1844 la situación política del país era extremadamente delicada. El presidente Santa Anna, a pesar de todas sus maniobras, no pudo imponer el orden ni promover el desarrollo material de la república. La situación del fisco era desastrosa, lo que obligó al gobierno a crear nuevos impuestos, aumentar los ya existentes, imponer numerosos préstamos forzosos y vender los bienes del clero. A fines de 1844 estalló una nueva revolución en Guadalajara, que le puso fin a su gobierno y elevó al general José Joaquín de Herrera a la presidencia, pero que no se tradujo en un alivio para el país.¹

Para colmo de males, la sombra de una guerra inminente con los Estados Unidos lo complicaba todo. Muchos creyeron equivocadamente que después de la pérdida de Texas los problemas con los norteamericanos se acabarían. El gobierno, lejos de reconocer la independencia de los texanos, soñaba con una reconquista. Los Estados Unidos, por su parte, dejaron que el espíritu expansionista siguiera madurando y abonaron con paciencia su proyecto de incorporar Texas a la Unión. A principios de los años cuarenta la "marcha al oeste" estaba convertida en una verdadera obsesión, alimentada por el comercio de Santa Fe y la exploración consiguiente de la Alta California. Aunque el gobierno mexicano trató de que la historia de Texas no se repitiera, esa provincia se fue llenando poco a poco de miles de colonos americanos.²

El expansionismo se convirtió en una fiebre. Mientras que el presidente Taylor patrocinaba de manera abierta la anexión de Texas, el candidato demócrata a la presidencia James Polk basó su campaña de 1844 en eso que para entonces ya se conocía como el destino manifiesto, un conjunto muy vago y heterogéneo de ideas y sentimientos que logró cristalizar y justificar el espíritu expansionista del país.³ Un primer intento de anexión de Texas fue rechazado por el congreso norteamericano, pero el día primero de marzo de 1845 se obtuvo una resolución conjunta de las cámaras que autorizaba la anexión. El gobierno mexicano retiró a su embajador y, en un intento desesperado de salvar la situación, le propuso a Anson Jones, el presidente de Texas, que reconociera su independencia con la condición de que no se anexaran a ningún otro país. El 4 de julio de 1845, sin embargo, luego de que el pueblo rechazara la propuesta mexicana, Texas se convertía en un estado más de la Unión Americana. El presidente José Joaquín de Herrera se vio entonces en una situación muy difícil, pues aunque advertía con toda claridad que sería imposible vencer con las armas a los Estados Unidos, enfrentaba al mismo tiempo a la oposición, que hubiera calificado de traición cualquier intento de negociación.⁴

Antes de lanzarse sobre su vecino del sur, el presidente Polk trató de negociar con México la venta de California y con Gran Bretaña la de Oregon. Con los ingleses, que estaban muy ocupados con la administración de sus intereses en Europa, llegó a un acuerdo en junio de 1846, pero con México no logró entenderse. Polk nunca comprendió la obstinación de los

hipotecando o subastando algunas propiedades de la iglesia. A falta de dinero, porque no había compradores para dichos bienes ni prestamistas que se arriesgaran a ser excomulgados, lo único que se ganó fue una nueva sublevación, llamada de los polkos, que sólo fue aplacada con el regreso del general Santa Anna. El clero aceptó entonces aportar 100 mil pesos para los gastos de la defensa, mientras que el congreso suprimía de la constitución el cargo de vicepresidente. Ello reveló la verdadera situación del país, pues mientras una buena parte del territorio nacional era ocupada por un ejército extranjero, la atención de los capitalinos se fijaba en una disputa doméstica.¹¹

Los días 22 y 23 de enero de 1847, en La Angostura, cerca de Monterrey, tuvo lugar una de las batallas más importantes de esa guerra, en la cual, por cierto, participó el Batallón de Aguascalientes, al mando del coronel Ferro.¹² Los mexicanos estuvieron a punto de alzarse con la victoria, pero Santa Anna, que comandaba un ejército hambriento y cansado, ordenó la retirada y aquello se convirtió en un desastre. Para entonces el mando del ejército norteamericano le había sido entregado al general Winfield Scott, a quien el presidente Polk le ordenó tomar Veracruz y llegar a la ciudad de México por la misma ruta que utilizó Cortés. De lo que se trataba era de acelerar la guerra, que se estaba volviendo impopular en los Estados Unidos, y de quitar de en medio al general Taylor, cuyas victorias le habían granjeado la admiración de la opinión pública y lo habían convertido en el virtual rival de Polk en las siguientes elecciones.¹³

El 9 de marzo llegó Scott a Veracruz e inició el sitio, mientras que la población, sin recursos ni liderazgo, se aprestaba para la defensa. El día 29 de ese mismo mes el puerto fue ocupado por los invasores. Santa Anna, que se puso de nuevo al frente del ejército, decidió enfrentar a los norteamericanos en Cerro Gordo, cerca de Xalapa. La batalla tuvo lugar el 18 de abril, siendo derrotados de nueva cuenta los mexicanos. Con el propósito de reorganizar sus fuerzas, Santa Anna se retiró a Orizaba y luego a Puebla, en donde no fue bien recibido. Finalmente llegó a la ciudad de México, la cual, pese a todas las derrotas sufridas, todavía se creía posible defender.¹⁴

III

Mientras tanto, el congreso de la Unión, que estaba reunido en la ciudad de México desde el 6 de diciembre de 1846, tuvo la feliz ocurrencia de publicar, el 21 de mayo de 1847, un acta de reformas a la constitución que, entre otras cosas, le desconocía a Aguascalientes su carácter de entidad federativa. Sin que nadie supiera decir por qué, se dispuso que ese estado se reintegrara a Zacatecas con calidad de partido.

La noticia fue recibida por Cosío y sus partidarios como un balde de agua helada, pues aunque no eran pocos los que habían externado su convicción de que la entidad, dadas su pequeñez y su carencia de recursos, no podía sobrevivir como tal, nadie

estaba de acuerdo en reincorporarse a Zacatecas, metrópoli a la que los aguascalentenses estaban unidos por una larga historia de agravios.

Desde luego, el conflicto que provocó esa decisión enturbió aún más el clima político del país. A los problemas derivados de la ocupación militar norteamericana, se agregaban los ataques de diversas tribus de indios bárbaros, el levantamiento de los polkos en la ciudad de México, las expediciones filibusteras, la guerra de castas en Yucatán, la oposición de la mayor parte de los estados a pelear contra los norteamericanos fuera de su territorio y, por si fuera poco, la negativa de los aguascalentenses a acatar el acta de reformas del 21 de mayo.

El gobernador Felipe Cosío, que estimaba como una bochornosa afrenta la renovación del antiguo estatuto de sujeción, encabezó en forma decidida la resistencia. Investido por el congreso de facultades extraordinarias, suprimió impuestos y convirtió en honoríficos algunos cargos de representación popular. El y sus amigos se entregaron a la tarea de redactar diversos panegíricos de la vida independiente, enalteciendo sus ventajas y minimizando sus inconvenientes. A las legislaturas estatales se les pidió que dirigiesen recursos y representaciones al congreso general apoyando la causa de la emancipación.

Cosío pensaba que el licenciado Marcos González Camacho, animado por el deseo de no pagar los impuestos a los que como dueño de la hacienda de Pabellón estaba obligado, era el culpable de la misteriosa desaparición del nombre de Aguascalientes en el acta del 21 de mayo de 1847.¹⁵ Aunque la versión era bastante endeble, todo el mundo la dio por buena y González Camacho se convirtió en el gran destinatario de la ira popular y en el culpable oficial de esa gran desgracia que alejaba de los hijos de Aguascalientes el horizonte de bienestar que empezaban a acariciar. Para colmo de males, el único diputado con que contaba Aguascalientes en el congreso, el señor Miguel García Rojas, no sólo no defendió la soberanía del estado, sino que votó a favor de su desaparición.¹⁶

Una de las primeras cosas que hizo la legislatura fue enviarle al congreso general una formal protesta, que fechó el 19 de mayo de 1847, alegando que al desposeer a Aguascalientes de su soberanía se cometía un error y una injusticia. Se trataba de una disposición que no le ayudaba al país, que vivía circunstancias muy "difíciles", pero que además era inexplicable, porque Aguascalientes había demostrado que podía asumir las responsabilidades que tenía como entidad federativa, hasta el punto de convertirse, según los firmantes del panegírico, en el modelo de "un pueblo libre y entusiasta, valiente y resuelto", el vivo ejemplo del patriotismo del que tan urgido estaba todo el país.¹⁷

Por otra parte, los legisladores recordaron que Aguascalientes le debía su existencia al general Santa Anna, quien en mayo de

mexicanos, que a pesar de necesitar dinero se negaban a vender tierras que no aprovechaban y que de cualquier manera terminarían por perder. El presidente José Joaquín de Herrera trató sin ningún éxito de entablar negociaciones que condujeran a un arreglo pacífico de las diferencias; su sucesor, el general Mariano Paredes Arrillaga, que había llegado al poder bajo una bandera "francamente belicista", juzgaba inconcebible la venta del patrimonio nacional y se creía en la obligación de responder con las armas las múltiples ofensas de los norteamericanos. Como dice Miguel Soto, su gobierno "se había dado muy poco espacio para alcanzar un acuerdo pacífico".⁵

El 13 de enero de 1846, finalmente, Polk le ordenó al general Zachary Taylor que ocupara el territorio situado entre los ríos Nueces y Bravo, que era el que reclamaba con mayor insistencia. Fue un acto ilegal e injusto, el pretexto que necesitaban en Washington para hacer sonar los tambores de la guerra. México, que no contaba en ese momento con un gobierno capaz de responder en forma adecuada a una agresión de ese tipo, se limitó a emitir proclamas patrióticas. Un incidente menor le permitió a Polk solicitarle al congreso, el 11 de mayo de 1846, una formal declaración de guerra, la cual fue aprobada por una mayoría abrumadora en ambas cámaras. En el colmo del cinismo Polk acusó a México de diversos agravios y de invadir "nuestro territorio, derramando la sangre de nuestros ciudadanos en territorio norteamericano".⁶

A pesar de que desde el 18 de mayo las tropas norteamericanas ocuparon el puerto de Matamoros y de que en seguida se adentraron en territorio mexicano, el gobierno esperó hasta el 7 de julio para emitir una declaración formal de guerra. Todos habían estado muy ocupados con el levantamiento del general José María Yáñez, que desde Guadalajara clamó el 20 de mayo por el regreso de Santa Anna. Los ejércitos, que deberían estar ocupados en la defensa de la patria, se agotaban en interminables e impopulares guerras intestinas. El imprescindible Santa Anna, finalmente, arribó de manera triunfal a la ciudad de México el 14 de septiembre de 1846. Lo acompañaba el más obstinado de sus antiguos enemigos, Valentín Gómez Farías, quien se consolaba pensando que el héroe de Tampico le había dado múltiples pruebas de su patriotismo sincero y desinteresado. Los liberales todos estaban de plácemes porque la federación se había restablecido y porque, convertido de nuevo en su aliado, el general Santa Anna sería capaz de levantar un formidable ejército y de organizar con éxito la defensa del territorio nacional.⁷

El puerto de Mazatlán había sido ocupado desde el primero de junio de 1846 por el comodoro John D. Sloat, jefe de la escuadra norteamericana en el Pacífico. El general Stephen Kearny, por su parte, ocupó Santa Fe el 18 de agosto y declaró, antes de proseguir su marcha a California, que el territorio de Nuevo México formaba parte de los Estados Unidos. El general Taylor, por su parte, ocupaba la ciudad de Monterrey el 23 de septiembre. Sin embargo, como México se obstinaba en la

defensa armada de su territorio, el presidente Polk podría decirle a la nación en su mensaje de fin de año que los Estados Unidos no habían iniciado ni deseado la guerra, y que las ofensas de México no tenían "paralelo en la historia de las naciones civilizadas".⁸

Mientras tanto, en Aguascalientes, se festejaba despreocupadamente el restablecimiento de la federación y la toma de posesión del gobernador Felipe Cosío. Al parecer, el estallido de la guerra no ensombreció el cielo hidrocálido la tarde del 2 de septiembre de 1846, cuando Cosío juró el cargo y prometió solemnemente que trabajaría por el desarrollo material de la bisoña entidad. Cosío era un abogado cuarentón y alegre a quien las circunstancias convirtieron en "el gobernador más popular de cuantos ha tenido Aguascalientes". Procuró el mejoramiento de la instrucción pública, el establecimiento del tribunal de justicia, la organización de las elecciones —en las cuales obtuvo un triunfo arrollador— y el levantamiento de la guardia nacional, la cual "armó, equipó y disciplinó como los mejores cuerpos del ejército" y de la que, llegado el momento se valió para defender la soberanía del estado y para "iniciar una revolución contra el gobierno federal".⁹

Cosío procuró además la pronta instalación del nuevo congreso del estado, que tuvo el carácter de constituyente. Sus integrantes ignoraban por completo las prácticas parlamentarias, lo cual explica tal vez que en lugar de redactar una constitución pensada en función de las exigencias de la vida local hayan adoptado la de Zacatecas. De cualquier forma constituía un avance, por lo menos teórico, el que esa ley reconociera los derechos básicos de todos los aguascalentenses, incluido el de "hablar, escribir e imprimir sus ideas libremente, sin previa censura y con las limitaciones que imponen las leyes". Aunque casi a renglón seguido se hacía una distinción entre los ciudadanos y los no ciudadanos, categoría esta última que incluía a los que no sabían leer y escribir y a los vagos.¹⁰

II

Esos acontecimientos relegaron a un segundo plano las alarmantes noticias que se tenían de la guerra contra los norteamericanos. El general Santa Anna trataba en forma desesperada de reanimar a su ejército, aunque pronto advirtió que la falta de dinero, el clima de agitación que se vivía en todo el país y las disputas domésticas eran los peores aliados del esfuerzo bélico que necesitaba hacer el país en ese momento. Por si fuera poco, del otro lado de la trinchera estaba un país poderoso, poseído por la doctrina del "destino manifiesto" y capaz de movilizar un ejército profesional, numeroso y bien pertrechado.

En ausencia de Santa Anna, que fijó su cuartel general en San Luis Potosí, el vicepresidente Gómez Farías se quedó al frente del gobierno y logró, el 11 de enero de 1847, la aprobación de una ley que facultaba al gobierno a obtener 15 millones de pesos

1835 castigó la rebeldía de Francisco García Salinas y su milicia cívica arrebatándole a Zacatecas uno de sus más importantes partidos. Por eso decidieron encomendarle a dos de los suyos la delicada misión de entrevistarse en la ciudad de México con él y ponerlo personalmente al tanto de las cosas. Mejor que nadie, él entendería "los graves inconvenientes" que tenía la reincorporación de Aguascalientes a Zacatecas.¹⁸

Un poco después, el 5 de junio, se firmó en el congreso un extenso memorial dirigido a todas las legislaturas locales, pidiéndoles que enviaran al congreso de la Unión un "voto particular" a favor de la supervivencia del estado de Aguascalientes. En su escrito los diputados reconocían que el país vivía una situación difícil, "por la guerra vandálica que el norte de América ha declarado a nuestra república", pero hacían notar que en Aguascalientes la situación era "doblemente crítica", pues al enorme esfuerzo bélico se agregaban los efectos "terribles" del desconocimiento de su soberanía. Según ellos, la permanencia del estado de Aguascalientes lejos de menoscabar los intereses de la república o los de algún estado en particular, se traduciría para la nación, en esa hora aciaga, en un punto adicional de apoyo.¹⁹

Sin embargo, en esos momentos las legislaturas estaban más preocupadas por el curso de la guerra y relegaron la petición de los aguascalentenses. De hecho, sólo las de Michoacán y Sonora enviaron en el curso del mes de agosto de 1847 su voto particular al congreso de la Unión.²⁰ Después del michoacano, el siguiente congreso que hizo explícita su simpatía con la causa de la independencia aguascalentense fue el de Sonora, que en una circular fechada el 6 de agosto de 1847 calificaba de "justa" la demanda de soberanía y decía que Aguascalientes había sido siempre un "fiel observante del pacto federal" y que contaba "con todos los elementos necesarios para ser un estado".²¹

El gobernador de Zacatecas, por su parte, trató de hacer efectiva la reanexión y le envió una nota a Felipe Cosío una nota externando su complacencia ante la medida que "nos vuelve a unir a nuestros antiguos hermanos y amigos de Aguascalientes", pero aclarando con prudencia que si a los aguascalentenses "no les conviene o no quieren permanecer unidos a Zacatecas, pueden estar seguros de que éste no hará la más ligera oposición a las solicitudes y gestiones legales que promuevan para separarse nuevamente." De cualquier manera, se advertía que ningún funcionario podría seguir en el ejercicio de su cargo mientras no jurase el nuevo texto de la constitución.²²

La cámara de diputados de Aguascalientes, que lejos de disolverse estaba convertida en una trinchera de los autonomistas, examinó la nota y declaró con afectación que los legisladores "nunca tendrán asunto más grave, cuestión más vital y de tan grande trascendencia para ésta y las futuras generaciones de aguascalentenses". Se había decretado la muerte del estado, su desconocimiento, lo que obligaba a las autoridades a disolverse

o a encabezar la sedición. Aunque se creía que a la postre triunfaría la justicia y el gobierno federal cambiaría de parecer, por lo pronto la legislatura en pleno se negó a jurar el acta de reformas, alegando que eso sería tanto como sepultar políticamente al estado.²³

Con entusiasmo parecido, el gobernador Felipe Cosío asumió desde el primer momento la defensa de la soberanía estatal y se negó a jurar el texto de la constitución reformada. Además, se acercó a los gobiernos de todos los estados, procurando que dichas relaciones tuvieran un carácter acusadamente oficial, pues pensaba que de esa manera sentaría un precedente que los poderes federales no podrían ignorar.²⁴

Al mismo tiempo se acercó a los jefes y oficiales de los Escuadrones de Caballería de la Guardia Nacional del Estado y les preguntó su parecer. El coronel Francisco Flores Alatorre, exgobernador del departamento, recordó que cuando representó a Aguascalientes en el congreso general llegó a recomendar su reincorporación a Zacatecas, pues en aquella época "no posible desarrollar los elementos naturales en que el país es tan fecundo", pero que ahora, restablecido el sistema federal y "encomendados los destinos del estado a sus propios hijos, escogidos por el sufragio libre del pueblo", esos mismos elementos conocerían su cabal desarrollo.

Los oficiales, por su parte, manifestaron su deseo de combatir al lado del gobernador Cosío y de defender junto con él la independencia del estado. El único que pareció no recordar que antes que aguascalentense era mexicano y que como tal tenía la obligación de combatir a los norteamericanos fue el capitán Manuel Flores, quien dijo

que impuesto de la nota a que se le había dado lectura, no podía menos que manifestar lo gustoso que le sería prestar sus servicios y que estos fuesen útiles en favor de la patria contra el extranjero que tan infame, atroz e injustamente nos invade, pero que respecto del punto que se trata, y a que se contrae la nota referida, hace presente que le sería muy sensible y le costaría mucho tener que combatir, si desgraciadamente hubiese la necesidad de algún hecho de armas, con alguna fuerza, cualesquiera que fuese el estado a que esta perteneciese, siendo de los nuestra confederación, porque esto no daría otro resultado que la destrucción de nosotros mismos y el debilitamiento de la república entera.²⁵

Pero el gobernador Cosío y sus simpatizantes, que adoptaron el curioso nombre de patriotas desestimaron los juiciosos pronunciamientos del capitán Flores. Por el contrario, Cosío, obtuvo de la legislatura facultades extraordinarias "para defender la independencia y soberanía del estado" por todos los medios que estimara convenientes.²⁶

A principios de julio de 1847, mientras los norteamericanos preparaban en Puebla la toma de la ciudad de México, los

escuadrones de la guardia nacional de Aguascalientes se alistaban para defenderse de los zacatecanos, que con el pretexto de una contribución especial impuesta a la hacienda de Pabellón 27 tomaron posiciones en las cabeceras de los municipios de Rincón de Romos, Asientos y Calvillo. En todos esos lugares luego de algunos forcejeos, lograron que las autoridades juraran el texto reformado de la constitución, lo que implicaba el desconocimiento de quien insistía en seguirse llamando gobernador de Aguascalientes.

Cosío restó importancia al hecho, aduciendo que el proceder de los jefes Zacatecanos era alevoso e intimidatorio. Además, puso el dedo en la llaga al recordar que el estado de Zacatecas estaba invadido por los norteamericanos, pese a lo cual sus autoridades se negaban a contribuir siquiera con "un tambor" en la penosa y desigual lucha que sostenía el país; por el contrario, los escasos recursos con que contaban se empleaban en la preparación de una ridícula expedición punitiva que tenía el propósito de "agredir y aplastar a su vecino".²⁸

De cualquier forma, el hecho es que los habitantes de la ciudad de Aguascalientes estaban solos en su lucha por la autonomía. La tropa zacatecana ocupaba el resto del territorio y parecía inminente que la resistencia sería aniquilada. El gobernador Cosío recurría a cuantos medios se ponían a su alcance y lo mismo organizaba la defensa militar de la ciudad que enviaba notas a México denunciando los "amagos del ejército zacatecano". Previendo que la capital podía ser tomada en cualquier momento, el congreso decretó que a las tropas zacatecanas se les hiciera saber que el congreso general estaba al tanto de todo y que se esperaba su resolución.²⁹

El gobierno de Zacatecas, por su parte, recordaba que la constitución reformada había sido jurada en los antiguos partidos de Asientos, Rincón de Romos y Calvillo, cuyos acosados vecinos solicitaron "auxilio y protección", por lo que su ocupación militar perseguía el propósito de proteger a sus vecinos "y evitar los desórdenes y escándalos de grave trascendencia a que puede dar lugar la conducta impolítica e injusta de los señores de Aguascalientes."³⁰

IV

El asunto llegó a la ciudad de México en el peor de los momentos, pues la ciudad de Puebla había caído y se negociaba desesperadamente con el comisionado Nicholas P. Trist. El gobierno, que preparaba la defensa de la capital, debió suponer que las quejas de los aguascalentenses eran impertinentes y absurda su disputa con los zacatecanos. Por eso, el ministro de relaciones exteriores e interiores, en una nota fechada el 21 de julio de 1847, señaló con parquedad que el presidente sentía un gran respeto por "la independencia de los estados en sus asuntos interiores" y que además era imposible que se proporcionaran los elementos de auxilio demandados, "pues antes bien los ha

menester de todos géneros". El presidente, pues,

*hará ver al congreso y al público que su satisfacción por la patriótica y ejemplar conducta con que se ha distinguido Aguascalientes auxiliando al gobierno general para la defensa de la independencia, es igual a la vergüenza y profunda pesadumbre que le causa el inaudito, el inconcebible espectáculo de derramar la sangre de los hermanos y el tesoro de los pueblos, teniendo hoy donde emplear una y otro, defendiendo su existencia y mirando por el honor de todos.*³¹

Sin embargo, esta comunicación no desinfló el entusiasmo de los aguascalentenses, para los cuales no era concebible aislar la lucha contra los norteamericanos de la que libraban ellos contra los zacatecanos.

En México la situación era apurada en extremo. Un federalismo mal entendido había llevado a los estados, con la señalada excepción de Aguascalientes y otros seis, a evitar que sus tropas actuaran fuera de sus límites. El general Scott, por su parte, aprovechó el respiro que le dieron las negociaciones para recibir refuerzos y congraciarse con el clero poblano, luego de lo cual reemprendió la marcha sobre la ciudad de México. Comandaba un ejército de 14 mil hombres perfectamente bien armados, disciplinados y fogueados, pese a lo cual su avance fue lento y cauteloso.³²

Finalmente decidió atacar la ciudad de México por el sur, lo que desconcertó a los mexicanos, que lo esperaban por el oriente. Desobedeciendo las órdenes de Santa Anna, el general Gabriel Valencia se hizo fuerte en Padierna, donde fue derrotado el 19 de agosto. Al día siguiente fue tomado el convento de Churubusco, lo que obligó a las autoridades mexicanas a aceptar el armisticio propuesto por Scott y a entablar negociaciones con el comisionado norteamericano. El 6 de septiembre, luego de diez días de infructuosas pláticas, las partes intercambiaron notas en las que se hacían mutuas acusaciones y se anunciaba la reanudación de las hostilidades. El 8 de septiembre tuvo lugar la batalla de Molino del Rey y el 13 fue tomado el castillo de Chapultepec, último reducto de los mexicanos. Al día siguiente Santa Anna y su ejército abandonaron la ciudad, mientras que el ayuntamiento capitulaba ante los norteamericanos. El 14 de septiembre fue ocupada la ciudad, pese a la resistencia desesperada y hasta heroica de sus habitantes. Al día siguiente, cuando se recordaban el grito de Dolores y la independencia nacional, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba sobre palacio.³³

V

Las noticias sobre el trágico fin de la guerra llegaron a Aguascalientes el 7 de octubre, junto con los restos del batallón comandado por el coronel Ferro.³⁴ Para entonces la ciudad de Aguascalientes estaba convertida en una trinchera, desde la cual se defendía con arengas la soberanía del estado. El primero en

la tribuna y el más valiente en el combate, Cosío logró contagiar a muchos su entusiasmo y se convirtió en el ídolo de las multitudes. Según Agustín R. González, "nunca ha estado el pueblo de Aguascalientes más unido; nunca como entonces se ha pronunciado la opinión pública de una manera más elocuente y decidida."³⁵

La situación durante los últimos meses de 1847 fue tensa, aunque no se produjeron enfrentamientos abiertos. Atrincherado en la capital de un estado que legalmente no existía, Felipe Cosío se hacía rodear de sus amigos y aliados, quienes armados con mosquetes y dispuestos a morir por una causa que consideraban legítima, esperaban el embate de los zacatecanos. Los oradores ambulantes, que tomaban los mercados y las plazas como palestra, invitaban a la resistencia y denunciaban la cobardía del gobierno de Zacatecas, que invadía a su vecino y no era capaz de resistir a los yanquis.

Después de algunas pequeñas escaramuzas, se llegó a un impasse, pues el gobierno de Zacatecas no se atrevía a tomar por la fuerza la ciudad de Aguascalientes y en ésta los patriotas, que tal vez recordaban el sitio de Masada y se sentían protagonistas de un capítulo épico de la historia, parecían efectivamente dispuestos a morir defendiendo la soberanía del estado. Cuando la tropa zacatecana se acercaba o daba indicios de querer ocupar la capital, como por encanto los cuarteles se llenaban de valientes y el pueblo, contagiado de entusiasmo, lanzaba mueras a Zacatecas y vivas a su gobernador.³⁶

Estos amagos, a fuerza de repetirse, se volvieron ridículos y dejaron de inspirar temor. No eran más de treinta los hombres que en la ciudad estaban permanentemente sobre las armas, aunque ante la menor señal de alarma se multiplicaba de inmediato el número de los soldados. En realidad, como dice González, era "el pueblo, unido en un mismo sentimiento, resuelto a no aceptar la tutela de Zacatecas, el que garantizaba al gobernador la posesión de la plaza".³⁷

En febrero de 1848, luego de que se firmaron los tratados de paz y se entregó a los Estados Unidos la mitad del territorio nacional, el caso Aguascalientes volvió a adquirir importancia, sobre todo porque se temía que fuera la semilla de nuevas y funestas rencillas. Los diputados chiapanecos, según el texto de una iniciativa enviada al congreso general el 27 de marzo de 1848, consideraban que las características demográficas, económicas y sociales de Aguascalientes "lo constituyen en la aptitud de poder ser estado libre y soberano". Según ellos, "Aguascalientes y Zacatecas son partes unidas por la fuerza, dos pueblos rivales, con intereses disímolos y siempre encontrados."³⁸ En términos muy parecidos se expresaron los congresos de Tamaulipas, Michoacán, México, Tabasco, Coahuila y Puebla, todos los cuales enviaron a las cámaras de la unión iniciativas apoyando las pretensiones de los aguascalentenses.

En mayo de 1848, en señal de desconocimiento de los tratados de Guadalupe, estalló en Aguascalientes una rebelión encabezada por el general Mariano Paredes y Arrillaga, que fue secundada por el padre Jarauta en Lagos y por Manuel Doblado en Guanajuato.³⁹ Los rebeldes prometían darle al país algo que llamaban "instituciones aceptables", proclamaban la reerección del estado de Aguascalientes y prometían en forma velada el ensanchamiento de sus límites.⁴⁰ Sin embargo, Paredes fue rápidamente derrotado, y con él Felipe Cosío, que era uno de sus más resueltos partidarios. En Aguascalientes estos sucesos no desanimaron al ayuntamiento, el cual, al lado de una junta de vecinos principales, nombró como nuevo gobernador al Lic. Francisco Borja Belaunzarán.⁴¹

El gobierno del presidente José Joaquín Herrera, que prestó juramento el 3 de junio de 1848, estaba decidido a castigar a los facciosos y determinó la ocupación de la plaza por tropas federales, que fueron colocadas bajo el mando del general Manuel Arteaga. La ciudad fue abandonada, muchos notable y desde luego aquellos que habían tomado parte en la revolución buscaron refugio en otras capitales. Arteaga tenía órdenes precisas de nombrar nuevas autoridades municipales y de obligarlas a jurar la constitución de 1824 con todo y sus reformas, lo que finalmente sucedió el 26 de julio de 1848.⁴²

Los problemas se reanudaron muy pronto, cuando el general Arteaga, obedeciendo órdenes superiores, tuvo que abandonar la plaza. El pueblo, que vio desprotegida a la pequeña guarnición zacatecana, salió a las calles y obligó a los invasores a encerrarse en sus cuarteles. Ante la creciente exaltación, los comerciantes organizaron una pequeña guardia que cuidara el orden y evitara excesos. El gobierno zacatecano, que no podía permanecer indiferente, dispuso que la ciudad fuera nuevamente ocupada, e incluso sometida por la fuerza, si era necesario. La multitud, que no se resignaba, dejó a los soldados el mando de los cuarteles y se apoderó de las calles. Los parroquianos, armados de piedras, palos y puñales, desafiaron a la tropa, trabaron pequeños combates y protagonizaron tumultos. Por las noches la exaltación era aún mayor, haciendo temer un choque sangriento. Empero, no se permitió a la tropa disparar sus fusiles y una noche, a hora muy avanzada, se dispuso la evacuación de la plaza. Ante la huida del invasor, dice un historiador local, el comercio volvió a poner sus guardias y la tranquilidad se restableció.⁴³

En la ciudad de México los sucesos fueron ampliamente reseñados y obligaron al gobierno a decir que no se oponía al hecho de que Aguascalientes se convirtiera de nuevo en estado, siempre y cuando se valiera para ello de vías legales. El general Tomás Requena, que llegó a la ciudad sin armas ni soldados, dispuesto a negociar, prometió que la plaza no volvería a ser ocupada por la tropa zacatecana, a cambio de que Aguascalientes aceptara pertenecer de derecho a Zacatecas, sin renunciar por ello a sus pretensiones de soberanía. La propuesta fue aceptada y a

principios de 1849 Jesús Terán fue nombrado jefe político del partido.⁴⁴

Los avances que se registraron bajo el atinado gobierno de Terán, cuyos afanes eran vistos con benevolencia en Zacatecas, no apagaron en los aguascalentenses los anhelos autonomistas. El 30 de mayo de 1849, por ejemplo, el ayuntamiento dirigió al gobierno general, a través del ministro Lacunza, un oficio solicitando que en las cámaras discutiera el asunto de la erección del estado de Aguascalientes.⁴⁵ Poco después, el 2 de julio de ese mismo año, los municipales insistieron en su petición, alegando esta vez que la situación prohibida por el acta de reformas de mayo de 1847 era confusa, pues en ella no se señalaba expresamente que Aguascalientes debiera figurar como partido del estado de Zacatecas.⁴⁶

Esa era la situación cuando el congreso del estado de Jalisco, del cual se esperaba desde hacía tiempo una señal de apoyo, formó una comisión especial encargada de estudiar el asunto. Esta comisión, en un dictamen fechado el 7 de diciembre de 1850, sostuvo que la geografía y la historia aconsejaban el reconocimiento de la independencia de Aguascalientes, cuyos hijos además habían actuado en forma ejemplar durante la guerra contra los Estados Unidos. En resumen, "todo revela a primera vista que Aguascalientes está destinado por la mano de la providencia a figurar como uno de los estados que formar deben la confederación mexicana".

Además, recordando el reciente levantamiento del general Paredes, se advertía que "en el actual estado de cosas es muy peligrosa la existencia de un pueblo descontento y que cuenta con recursos para llevar a cabo alguna empresa". Aguascalientes, mantenido a la fuerza como partido de Zacatecas, era un semillero de rebeliones, el lugar que seguirían eligiendo "los enemigos del sistema" como punto de apoyo y del que obtendrían, gracias a su malestar, "las ventajas que a sus intereses convengan". La única manera de conjurar ese peligro consistía en "restituir a Aguascalientes su soberanía e independencia". Por lo demás, el camino estaba ya parcialmente allanado, pues eran muchas las legislaturas que se habían manifestado de acuerdo con esa restitución.⁴⁷

En su iniciativa de ley, el congreso jalisciense resumió el dictamen de la comisión especial y agregó que la mala división del territorio nacional era uno de los principales obstáculos que enfrentaba la "marcha administrativa" de la república, lo cual estaba perfectamente ejemplificado con el caso de Aguascalientes. Se decía que Zacatecas, "por más esfuerzos que haga por hacer feliz a Aguascalientes, nunca podrá conseguirlo". Entre otras cosas había que considerar que "Zacatecas y la mayor parte de sus poblaciones se dedican a la minería", mientras que "Aguascalientes con los demás pueblos que formaban el estado son agricultores".⁴⁸

VI

Sin embargo, las circunstancias no se tornarían propicias sino hasta octubre de 1852, cuando los generales López Uruga y Yáñez proclamaron en Guadalajara el Plan del Hospicio, en el que se desconocía al presidente Mariano Arista y se llamaba en su lugar al inefable general Santa Anna, cuyos eminentes y numerosos servicios lo hacían acreedor de la gratitud nacional.⁴⁹ El general Yáñez estuvo en contacto con las autoridades políticas aguascalentenses, a las cuales les pidió su apoyo. A José María Rincón Gallardo, dueño del mayorazgo de Ciénega de Mata, le solicitó no sólo los recursos esperables de su posición social, sino también aquellos otros "que le sugiera su amor al orden, a la independencia y a la creación de un orden de cosas que dé respetabilidad al país, víctima hasta aquí de la ineptitud y la inmoralidad".⁵⁰

En Aguascalientes se vio en este episodio la oportunidad de reconquistar la independencia; más que la regeneración de la patria o la defensa de principios abstractos, los aguascalentenses querían en esos momentos liberarse para siempre de la tutela zacatecana. Ello explica que cuando adoptaron el Plan de 1 Hospicio hayan dedicado tan poco espacio a consideraciones políticas de carácter general, para recordar en cambio que

la situación de Aguascalientes es la más precaria e infortunada que pueda darse, por el estado de pupilaje en que se encuentra bajo la dominación del gobierno zacatecano, quien lo ha desatendido de tal modo que el cuerpo municipal carece de los recursos con que poder atender a sus numerosas atenciones.

Por ello, y porque el Plan del Hospicio tenía un carácter "popular", el único a propósito "para salvar a la nación del exterminio que la amaga", el ayuntamiento de Aguascalientes y una junta especial de vecinos resolvieron hacer suyo dicho plan, a condición desde luego de que se respetara la soberanía por la que tan ardientemente habían peleado durante los últimos años.⁵¹

Arista renunció a la presidencia el 6 de enero de 1853 y a principios de marzo llegó al país la noticia de que el general Santa Anna, desde su exilio en Colombia, había aceptado "sacrificarse" de nueva cuenta por la patria. Los patrocinadores de ésta que a la postre sería su última empresa, le fijaron condiciones, entre otras la supresión de todo lo que oliera a sistema federal y la reorganización del territorio nacional.

Santa Anna llegó a la ciudad de México el 20 de abril y ese mismo día asumió la presidencia. Aparte de restablecer la censura y de desterrar a Arista, la medida más importante que tomó fue la de nombrar jefe de su gabinete a Lucas Alamán, quien parecía destinado a convertirse en el ideólogo y el alma de esa administración. Pero su sorpresiva muerte, ocurrida el 2 de junio

de 1853, alteró por completo el escenario político del país y le permitió a Santa Anna gobernar sin más norte que sus caprichos. Se restableció la Compañía de Jesús, se suprimieron diversas leyes de carácter liberal, se expidieron disposiciones fiscales ridículas y extravagantes, se dispuso que los "conspiradores" fuesen juzgados sumariamente y, en el clímax de esa comedia de equívocos, se restableció la Orden de Guadalupe, que había sido creada por Iturbide con el propósito de agrupar a la "nobleza" mexicana.⁵²

En lo tocante a Aguascalientes, Santa Anna resolvió respetar los deseos de sus vecinos y asegurar la autonomía de ese antiguo departamento, que tan buenos servicios le prestara cuando tuvo que batir a la milicia cívica de Zacatecas. Por eso, aunque las Bases para la administración de la República que se dieron a conocer en abril de 1853, señalaban que las ciudades, pueblos y distritos que se hubieran separado de los estados a que pertenecían volverían "a su antiguo ser y demarcación", también se indicaba que esta disposición no sería observada por el partido de Aguascalientes.⁵³ De esta manera, a nadie sorprendió el decreto de 10 de diciembre de 1853, que convirtió en departamento el antiguo distrito de Aguascalientes.⁵⁴

Uno de los pocos sorprendidos fue el zacatecano Luis de la Rosa, quien en un estudio publicado en 1851 había criticado la funesta intervención de los ayuntamientos en asuntos de carácter político. Aludiendo de manera casi obvia al caso de Aguascalientes, decía que ello no podía tolerarse, porque era tanto como

*exponer los estados a la anarquía y fomentar el espíritu de escisión que desgraciadamente existe en algunos cuerpos municipales para segregar sus poblaciones, haciendo de ellas entidades políticas e independientes, sin poder, sin recursos y sin esperanza de mejorar su situación en un estado de aislamiento.*⁵⁵

De cualquier manera, pese a la interesada oposición de De la Rosa (hay que recordar que era zacatecano) el asunto de la soberanía de Aguascalientes no volvió a tratarse. Ni siquiera el congreso constituyente que se reunió en 1856 y que se propuso revisar todas las medidas legales emitidas por el último régimen santanista, cuestionó la validez del decreto que le devolvió a Aguascalientes la calidad de departamento. De esta manera, sin que en esta ocasión se presentara siquiera la oposición de los diputados zacatecos, Aguascalientes se convirtió el 5 de febrero de 1857, en uno más de los estados de la República.⁵⁶

Sólo así terminaron las hostilidades en ese otro frente de la guerra, que en forma negligente fue abierto diez años atrás, en mayo de 1847, cuando se reformó la constitución y a los legisladores se les olvidó incluir el nombre de Aguascalientes en el catálogo de los estados que formaban la república.

NOTAS:

1 J. Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos". Historia General de México, México. El Colegio de México, 1977, tomo 3, p. 31

2 Ibid., pp. 75-76

3 Puede consultarse al respecto el libro de Juan A. Ortega y Medina. Destino Manifiesto, Sus razones históricas y su raíz teológica. México, CNCA y Alianza Editorial Mexicana, Colección Los Noventa, núm. 8, 1989.

4 Miguel Soto. La conspiración monárquica en México. México, EOSA, 1988, pp. 179-180.

5 Ibid., pp. 183-186.

6 J. Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", Historia General de México, tomo 3, p. 79.

7 Moisés González Navarro. Anatomía del poder en México, 1848-1853. México. El Colegio de México. 1983. pp. 8-9

8 Jesús Velasco, "La guerra con los Estados Unidos". Historia de México, México. Editorial Salvat. 1979, tomo 8, pp. 1872-1876.

9 Agustín R. González. Historia del Estado de Aguascalientes. Aguascalientes. Tipografía de Francisco Antúnez, pp. 90-92.

10 Hay un ejemplar manuscrito de esta constitución en el Archivo Histórico del Estado de Zacatecas, Fondo de la Junta Departamental de Aguascalientes (AHEZ-FJDA en lo sucesivo), expediente sin clasificación.

11 J. Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos". Historia General de México, tomo 3, p. 33.

12 Sobre la participación del Batallón de Aguascalientes en esa batalla y en las de Padierna y Molino del Rey, véase la Historia de Aguascalientes de González, pp. 99-109.

13 J. Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", Historia General de México, tomo 3, p. 81.

14 J. Velasco, "La guerra con los Estados Unidos", Historia de México, tomo 8, pp. 1878-1879.

15 El Patriota, 3 de julio de 1847.

16 A. R. González, Historia de Aguascalientes, pp. 94-95.

17 "Protesta que el H. Congreso del estado libre y soberano de Aguascalientes dirige al soberano de la unión, sobre que no consentirá que le prive de su representación como uno de los estados libres y soberanos de la confederación mexicana", en El Patriota, suplemento al núm. 8, 22 de mayo de 1847.

- 18 El Patriota, 12 de junio de 1847.
- 19 "Excitativa dirigida a los estados de la confederación mexicana", en Iniciativa que las honorables legislaturas de Morelia, Querétaro, Sonora, México, Coahuila, Tabasco, Tamaulipas, Chiapas, Puebla, Yucatán, California y Jalisco han dirigido al Soberano Congreso General, para que al extinguido Estado de Aguascalientes le sea devuelta su independencia y soberanía, Aguascalientes. Tipografía de J. M. Chávez, 1850.
- 20 El texto de la iniciativa enviada por el congreso de Michoacán se publicó en El Patriota. 28 de agosto de 1847, y en Iniciativas que las honorables legislaturas..., pp. 9-12.
- 21 La circular enviada por la legislatura de Sonora se publicó en El Patriota. 11 de septiembre de 1847, y en Iniciativas que las honorables legislaturas... pp. 12-14.
- 22 La nota enviada por el gobernador de Zacatecas fue publicada en El Patriota, alcance al núm. 40, 3 de julio de 1847.
- 23 La respuesta de la legislatura en Ibid.
- 24 A. R. González, Historia de Aguascalientes, p. 93
- 25 Una copia del acta de esta reunión, que se celebró el 23 de mayo de 1847, se encuentra en AHEZ-FJDA, documento sin clasificación.
- 26 El Patriota, 5 de junio de 1847.
- 27 Este relato está basado en El Patriota, 24 de julio de 1847.
- 28 El Patriota, 31 de julio de 1847.
- 29 Decreto núm. 45, del 15 de julio de 1847, en El Patriota, 17 de julio de 1847.
- 30 Según el texto de una nota enviada por la comandancia militar de Zacatecas al Ministerio de Guerra y Marina y publicada en El Patriota, alcance al núm. 19, 7 de agosto de 1847. (El subrayado es nuestro).
- 31 Nota del Ministerio de Relaciones Exteriores e Interiores, del 21 de julio de 1847, publicada en El Patriota, alcance al núm. 18, 31 de julio de 1847.
- 32 J. Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos". Historia general de México, tomo 3, p. 82.
- 33 J. Velasco, "La guerra con los Estados Unidos", Historia de México, tomo 8, pp. 1882-1885.
- 34 A. R. González, Historia de Aguascalientes, p. 108.
- 35 Ibid., p. 95.
- 36 Ibid., pp. 94-95.
- 37 Ibid., p. 112.
- 38 Esta iniciativa puede verse en El Patriota, 29 de abril de 1848, y en Iniciativas que las honorables legislaturas..., pp. 18-20.
- 39 Lilia Díaz, "El liberalismo triunfante". Historia General de México, tomo 3, pp. 87-88.
- 40 A. R. González. Historia de Aguascalientes, p. 116.
- 41 Elías Amador, Bosquejo histórico de Zacatecas, Zacatecas, edición del Comité Directivo Estatal del PRI, 1982, tomo II, p. 490.
- 42 Ibid., pp. 490-492.
- 43 A. R. González. Historia de Aguascalientes, pp. 119-120.
- 44 Ibid.
- 45 Iniciativa que el I. Ayuntamiento de la ciudad de Aguascalientes dirigió al Soberano Congreso General, pidiendo le restituya su independencia y soberanía como uno de los Estados de la Confederación Mexicana, s.p.l., 1849.
- 46 E. Amador, Bosquejo histórico de Zacatecas, II. pp. 498-499.
- 47 El dictamen de la comisión especial en Iniciativas que las honorables legislaturas... pp. 26-37.
- 48 La iniciativa fue fechada el 31 de diciembre de 1850 y se reprodujo en Iniciativas que las honorables legislaturas..., pp. 37-47.
- 49 M. González Navarro, Anatomía del poder en México, pp. 312-314.
- 50 Las comunicaciones de Yáñez a Rincón en el archivo articular del general José María Rincón Gallardo. 31. 435, 2.
- 51 Acta del plan proclamado en esta ciudad por el M. I. Ayuntamiento y vecinos, el día 29 del que fina (octubre de 1852), Aguascalientes. Imprenta de J. M. Chávez.
- 52 Lilia Díaz. "El liberalismo militante". Historia General de México, tomo 3, pp. 91-94.
- 53 Carmen Vázquez Mantecón. Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura. México. Fondo de Cultura Económica. 1986. p. 180.
- 54 El decreto fue reproducido por el profesor Alejandro Topete del Valle en el Boletín de la Sociedad de Historia, Geografía y Estadística de Aguascalientes, tomo I, núm. 3, p. 1.
- 55 Luis de la Rosa. Observaciones sobre varios puntos concernientes a la administración pública del Estado de Zacatecas. Baltimore. Juan Murphy y Cía., 1851, pp. 21-22.
- 56 Cfr. Francisco Zarco. Historia del Congreso Constituyente. México, El Colegio de México. 1956.